

6-Febrero 1999.

EL DOBLE HONOR DEL PADRINO.

En mis manos tengo una invitación de boda. “Nos casamos Dios mediante”. José Manuel, (el novio), e Inma, (mi hermana). No ha sido una sorpresa claro está, pues ya hace tiempo que sabía que se casaban, pero ahora, al recibir la invitación, ya no es oficioso sino oficial, ya hay una cita en un lugar a una hora de un día y por añadidura está escrito. Tampoco ha sido una sorpresa que firme INMA y no Inmaculada Concepción; aunque posibilidad hubo de que se viera obligada a firmar “Bárbara”, por nacer el día de Santa Bárbara, o “Joaquinica”, que es en aragonés el diminutivo de Joaquina, nombre que eligió nuestra abuela paterna pues de ese modo se llamaba ella, (la madre de mi padre). Y no ha sido una sorpresa, ni siquiera, que me pidiera que yo fuera el padrino, a la sazón soy el único varón vivo en la familia.

Y en esas estamos: Inma con los preparativos de la boda, ya se sabe: Iglesia, salones, traje, flores, fotógrafo....; y yo ilusionado y más contento que unas castañuelas repiqueteando al compás de una jota aragonesa. Ya estoy pensando en mi traje, en los puros que regalaré a los invitados siguiendo una tradición que detesto con odio de no fumador, en si tendré que bailar o no será necesario, en que brazo debo ofrecerle para llevarla al altar.

Cuántas veces he oído cantar a mi madre la estrofa de aquella antigua canción: “Blanca y radiante va la novia ...” Y así será en efecto, blanca y radiante irá la novia, y yo a su lado con mi traje nuevo, mi camisa nueva, mis zapatos de lujo, con una bonita flor en la solapa ...

Pero en las ocasiones tan notables, hay que lucir prendas muy especiales. Y no destacadas o singulares por ser nuevas y caras, sino precisamente especiales por sí mismas, valiosas por su valor emocional. Así pues, llevaré en mi muñeca izquierda el

reloj de papá, no aquél, su reloj de siempre, sino ese otro que Inma le regaló por su cumpleaños o por el día del padre, y que por eso, por ser regalo de su hija, era único para él. Aquél que por ser su inseparable reloj llevaba el día que ingresó de urgencias en el hospital para ya nunca ser dado de alta, aquél del cual le despojaron de manera rutinaria los auxiliares de enfermería y que con el resto de sus objetos personales reposaban en el interior de un lavabo próximo a su camilla. Sin embargo aquél objeto era el más personal de sus objetos personales, la más preciada joya de sus joyas preciadas, y a pesar de lo enfermo y deteriorado que se encontraba no lo perdía de vista en ningún momento porque era especial para él, más importante que el papel garabateado que salía del aparato conectado a su corazón, más importante que cualquier analítica, lo más importante del mundo, pues era regalo de lo más importante del mundo para él, su hija.

Y ahora ese reloj es todavía más especial, y lo es también para mí porque es herencia de mi padre.

Y mi corbata no será nueva, pero será singular pues será la corbata de papá, aquella que él lució el día de mi boda; y siento que el nudo de la corbata no sea precisamente el mismo que papá hizo entonces y que tantos años conservé hecho, intacto. Yo haré otro nudo, y en el espejo, al hacerlo, no veré mi imagen sino la suya vistiéndose para mi boda. Sé que el día de mi boda fue un día feliz para nuestro padre, pero también sé que más feliz aún será el día 20 de marzo, pues ese día será la boda de su hija y él estará allí, estará presente a través de su reloj y de su corbata, estará en el corazón de sus hijos y en el alma de mamá.

Todos queríamos mucho a papá, de hecho todavía le queremos, pero él te quiere a ti de forma especial; me di cuenta de ello hace mucho tiempo, en una tarde tibia de la tibia primavera; y fue en Libros, que era entonces “nuestro pueblo”, tendrías tú unos

siete años, caminábamos por la cuesta que conducía a la casa de la Tía Pilar y el Tío Tomás, camino polvoriento y sin asfaltar. A mitad del camino, a la altura del molino, de la casa de enfrente salió la Tía María, la molinera, por tanto tuvimos que hacer la obligada parada de cortesía y entablar la obligada conversación pletórica de frases arquetípicas y estereotipadas propia de personas que no se ven a menudo. Papá no hablaba, casi nunca lo hacía, era de los que pensaban que en boca cerrada no entran moscas y quien no habla no yerra; estaba detrás de ti, en silencio, sonriendo, sus manos reposaban en tus hombros; callaba y otorgaba, la conversación no le interesaba en lo más mínimo, era evidente. Yo miraba a la señora, se me antojaba extraña, vestía de riguroso luto, olía a pueblo pobre y a molino viejo; también lo miraba a él, no dejaba de sonreír y en ocasiones asentía a alguna de las afirmaciones de mamá.

Entonces, con un gesto reflejo comenzó a rozar tu pelo, con la mano izquierda lo sujetaba y con la derecha lo acariciaba suavemente, se movía con la inimitable elegancia de quien no tiene prisa ni preocupación. Tu pelo recién lavado con agua jabón y vinagre brillaba impecable bajo el sol, estabas guapa, a pesar de tus gafas que tan poco te gustaban. La imagen de papá acariciando tu pelo se grabó a fuego en la fragua de Vulcano de mi cerebro, por lo relajado que parecía, ajeno por completo a la aburrida conversación, ajeno por completo al resto del mundanal ruido, desconocedor de todo excepto de su familia, exento de todo excepto de su hija.

Ese gesto de acariciarte el pelo lo recuerdo también el día de tu comunión; llegábamos tarde a misa; íbamos caminando pues no teníamos coche, con tanta prisa, llegando ya a la Iglesia de Santa Emerenciana papá tropezó, estuvo a punto de caer al suelo, afortunadamente venía de frente aquel chico que nos arreglaba la televisión y tocaba la guitarra en el conjunto Aben – Racín, él le ayudó a recuperar el equilibrio. “Quien tropieza y no cae adelanta terreno”, dijo tras darle las gracias y continuamos

corriendo. Tanto nos apresuramos que al final llegamos pronto. En la entrada de la iglesia, rodeados de invitados y curiosos, volvió a repetir el gesto, acarició suavemente tu pelo, con ese ademán tranquilo que parecía detener el tiempo, y por supuesto ajeno a todas las triviales conversaciones de los familiares y amigos.

Para mí será un gran honor ser el padrino de la boda de mi hermana, seré el padrino más altivo, seré el hermano más orgulloso, seré el hijo de Mariano, más hijo que nunca, y tendré el doble honor de estar allí, pareciéndome a él, ocupando su lugar en su obligada ausencia física, alegrándome de su presencia espiritual.

Cuando frente al altar, justo antes del comienzo de la ceremonia, mires en dirección al banco donde se sentará mamá, sentirás que a su lado hay alguien familiar y querido; después, al salir de la Iglesia, entre fotos, arroz, felicitaciones y besos notarás que alguien te acaricia el pelo con suavidad, con inmenso cariño. No te molestes en mirar atrás, no verás a nadie, mejor mira hacia arriba hacia el azulencio cielo y verás una gran sonrisa cómplice y feliz justo debajo de una nube blanca que dibujará sus cabellos gris perla; no resistirá bajo ningún concepto la tentación de rozar tu cabello el día de tu boda, nada se lo impedirá ni divino ni humano.

Yo, a tu lado, sabré el porqué de tu mirada hacia el cielo; yo, a tu lado, doblemente honrado por ser el hijo y el hermano, es decir el padrino.

Qué seas muy feliz como te mereces, como nuestro papá y mamá han sido.